

# José Gregorio Hernández, el médico de los pobres.

## La caridad como emblema

Fr. Ramón Morillo, OFM Cap.<sup>1</sup>

**Resumen:** En esta reflexión presentamos la figura de José Gregorio Hernández como el hermano seguidor de Jesucristo, que no se conforma con ser un cristiano de meras prácticas religiosas, sino como el seguidor inquieto, que siempre está en búsqueda de vivir con fidelidad el Evangelio, intentando hacerlo norma práctica de vida. En su búsqueda anda por varios caminos, hasta que se consagra como seglar franciscano, viviendo la cercanía con el dolor y sufrimiento de sus hermanos necesitados. Así, llega a colocar su vida y sus estudios de medicina como mediación de consuelo y práctica de la caridad evangélica, para acercar el rostro misericordioso de Dios.

**Palabras clave:** Evangelio, seguimiento de Jesucristo, Francisco de Asís, médico de los pobres, siervo de Dios.

**Abstract:** In this reflection, we present the figure of José Gregorio Hernández as a brother and follower of Jesus Christ, not content with being a Christian of mere religious practices, but rather as a restless follower, always seeking to live the Gospel faithfully and try to make it a practical norm of life. In his quest, he followed various paths until he became a Secular Franciscan, living close to the pain and suffering of his brothers and sisters in need. He came to place his life and his medical studies, based on his faith, as a means of consolation and the practice of evangelical charity, to bring the merciful face of God closer.

**Keywords:** Gospel, Following Jesus Christ, Francis of Assisi, Doctor of the Poor, Servant of God.

1 \*Profesor de Teología Dogmática en el ITER (Pregrado). Colabora con el Postgrado del ITER (Espiritualidad). Dirección electrónica: framor62@gmail.com

## 1. El hermano José Gregorio Hernández

Cada Santo es un mensaje que el Espíritu Santo  
toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su  
pueblo (...) La Santidad es el rostro más bello de  
la Iglesia.

*Gaudete et Exsultate, 21; 9*

Lo mismo que con otros muchos santos seguidores de Jesús, a José Gregorio Hernández lo hemos revestido de virtudes extremas, de acciones prodigiosas, de un poderoso milagrero, de capacidades sobrehumanas. Así engrandecido, lo hemos subido a un pedestal para admirarlo y sentirlo tan lejano, sin que nos toque y mueva el corazón. Pero ¿qué pasaría si lo bajáramos y, quitada tanta distancia, lo observáramos en la realidad desnuda de su existencia? Intentemos ver a un ser completamente humano, que se comprendió como hijo de Dios y desde allí construyó la fraternidad querida por el Padre Dios cuando nos envió a su Hijo Jesús.

Si nos animáramos a mirarlo como un hermano, en el cual Dios ha hecho florecer los frutos del Evangelio, aparecerían incontables hechos y gestos que nos motivarían a pasar del culto vacío e inútil a una reflexión y relación gozosa, profunda y vivificante. Lo comprenderíamos como el hombre-criatura que Dios, en su infinita misericordia, y para coronar su propia obra, hizo grande y santo, proponiéndolo como testigo de la fe y del seguimiento de Jesús.

Hagamos la prueba. Miremos a nuestro hermano José Gregorio Hernández con el cariño, la sencillez y humildad con que vivió entre nosotros y encontraremos muchos datos que nos lo muestran, que son los que constituyeron su secreto, el secreto de su personalidad inquieta, que no se cansaba de buscar, con una convicción de fe profunda, que lo unía a Dios y entregado a los demás de una manera gratuita y valiente.

## 2. Un hombre íntegro y con vigor

Era hijo de familia donde se vivían los valores éticos y evangélicos, que edificaban a todos los del hogar. Dentro de ese horizonte pudo darle sentido a toda esa inquietud que reventaba su corazón noble y lleno de amor de Dios y encontró el cauce seguido por quienes compartían su inquietud, de allí que se convertirá en un hombre sencillo, que transmitió con el testimonio el ideal de ser libre, de romper barreras y de arriesgarse por caminos nunca pisados por nadie. Se lanza a la aventura por la vía del Evangelio, tomando el impulso de salir del estrecho círculo social que cerraba toda puerta y todo camino a quien pensaba diferente. Inspirado por el Espíritu Santo y el ejemplo de Francisco de Asís, a quien admiraba e intentaba vivir como él, deja su mundo de comodidad, seguridad y apariencia social para vivir la libertad del Evangelio de Jesús. Briceño-Iragorrry condensa en un párrafo una serie de dones personales que conformaron la grandeza de su personalidad. Este autor escribió: “supo ser a la vez, sin dejar de ser él mismo, científico connotado, profesor erudito, médico eminente y sapientísimo, investigador infatigable, filósofo profundo, artista de refinada sensibilidad, ciudadano intachable y, sobre todo, hombre, de envidiables cualidades y excelsas virtudes”.<sup>2</sup>

Era un hombre amable, bondadoso y generoso, abierto de corazón a los demás y sin malicia. Dice su discípulo Jesús Rafael Rísquez: “Fue siempre un hombre de fe y en lo tocante a sus manifestaciones psíquicas, antes que irritable, era suave, y antes que veleidoso, fue ecuaníme. Nos muestra en todo momento su energía física y moral, y, ajeno a toda astucia, mentira o terquedad, su vida discurre por caminos claros, en busca de la verdad”<sup>3</sup>.

---

2 L. Briceño-Iragorrry, “Contribuciones históricas: José Gregorio Hernández, en faceta médica. (1864-1919)”, *Gaceta Médica de Caracas* 113, N. 4 (2005): 535-539.

3 A. Sanabria, *José Gregorio Hernández de Isnotú, 1864-1919: Creador de la moderna medicina venezolana* (Caracas: Imprenta Universitaria UCV, 1977), 140.

### 3. El seguidor centrado en Jesucristo y totalmente evangélico

El cristiano es una persona llamada por Dios para recorrer el camino hecho por Jesús. Un camino que está enraizado en un entorno temporal y social, situado dentro de unas dimensiones y posibilidades culturales. El seguimiento de Jesús es lo que define a un cristiano, pues lo identifica con su causa: buscar y trabajar por colocar signos de la presencia del Reino de Dios, que es dejarse amar de Dios y abrirse a los hermanos, especialmente a los pobres y necesitados (Lc 4, 16; 12, 31).

Nosotros nos convertimos en seguidores de Jesús en un momento histórico concreto y lo hacemos dinamizados por la presencia y acción del Espíritu Santo, que es quien nos impulsa a reconocerlo como Señor y a vivir su aventura como seguidores. En toda época histórica el Espíritu inspira a hombres y mujeres dispuestos a asumir la dimensión profética del Evangelio, a transformar el Evangelio en Buena Nueva para su momento histórico. El Espíritu es quien impulsa, para que, colocando a Jesús como centro de la vida, se abran nuevos caminos y estilos de vida, nuevas formas de encarnar el seguimiento de Jesús. El seguimiento es una experiencia de amor en la historia donde Jesús vivió y vive, por eso es un seguimiento de Jesucristo en fidelidad. Es un llamado para darse toda entera la persona, tal como se dio Jesús. La participación en la vida, trabajo y proyecto de Jesús conduce claramente a participar de su mismo destino.

José Gregorio Hernández se convierte en un seguidor de Jesucristo desde su realidad humana, nos dice uno de sus biógrafos cercanos: “Es un hombre de una espiritualidad fina, de sentimientos nobles y natural, de cualidades que nunca Dios niega al que se las pide, con verdadera fe y ansias de la santidad, que no es otra cosa que la unión con Dios”<sup>4</sup>.

4 E. De Gema, *El Siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández* (Caracas: Imprenta Nacional, 1953), 87.

La relación de José Gregorio Hernández con Jesucristo inunda toda su vida. De allí que pase largos momentos en el encuentro de oración y contemplación con quien era su amor total. Su deseo es vivir sólo y únicamente el Evangelio de Jesucristo, siguiendo a Cristo pobre y crucificado. Desde allí alimenta su vocación, su oración y el servicio a los hermanos, siendo un fiel seguidor de Jesucristo y de su Reino.

#### **4. Un seglar franciscano consagrado a Dios y a los demás**

San Francisco, inspirado por el Espíritu Santo, inició un nuevo estilo de vivir el Evangelio de Jesucristo, consagrándose para ser testigo de la vida evangélica en medio del mundo. Es un carisma recibido para la edificación de la comunidad de los seguidores de Jesucristo, la Iglesia. Esta manera de vivir la fe llama la atención de mucha gente que ya tiene su vida en sus hogares y familia, pero desea vivir como mayor radicalidad su vocación a la santidad desde su condición seglar. De allí que Francisco funda la Orden Franciscana Seglar, “La cual se configura como una unión orgánica de todas las fraternidades católicas, esparcidas por el mudo entero y abiertas a todo grupo de fieles, en las cuales los hermanos y hermanas, impulsados por el Espíritu, a alcanzar la perfección de la caridad en su estado seglar, se comprometen con la profesión a vivir el evangelio a la manera de San Francisco”<sup>5</sup>.

José Gregorio Hernández, que desea vivir de una manera más profunda y radical el Evangelio, intenta consagrar su vida en la vida monacal de la Cartuja y en la vida sacerdotal, lo que, por razones de salud, no puede alcanzar. En contacto con los frailes menores capuchinos de la Iglesia de La Merced conoce la Orden Franciscana Seglar y allí, el 7 de diciembre de 1899, consagra su vida para vivir el Evangelio al estilo de San Francisco de Asís. Asume la espiritualidad franciscana en dicha Orden y se convertirá en luz para muchas personas a las que atenderá y

---

5 Directorio Franciscano. Documentos franciscanos oficiales, *Regla de la Orden Franciscana Seglar (OFS)*, cap. I, 2, <https://www.franciscanos.org/docoficial/rfs.htm>

acompañará como seguidor de Jesucristo, como Francisco de Asís. Nos dice De Gema: “Profesaba una veneración y devoción singular por el Seráfico Padre San Francisco de Asís, porque su alma sencilla se veía reflejada en aquel santo que quiso hacer de su vida un manso riachuelo de sencillez. Pertenecía a la Venerable Orden Tercera de San Francisco. Frecuentemente se le veía en la iglesia de Las Mercedes, lucrando todas las indulgencias, que le permitían sus múltiples ocupaciones”<sup>6</sup>.

No se conforma con ser un cristiano católico del montón, desea vivir su bautismo y fe con una exigencia mayor, porque así lo propone Jesús a sus seguidores en el Evangelio. Nos dice una escritora más cercana a nuestro tiempo: “En su afán de perfeccionamiento personal, en sus idas diarias a misa en la iglesia de Las Mercedes conoce la Orden Tercera de San Francisco, una Orden para personas seglares, que desean vivir la espiritualidad franciscana, pero no en conventos, sino en sus casas. Se unió a ellos y compartía la lectura del Evangelio y las oraciones, tanto con personas muy selectas de la ciudad, como con gente humilde”<sup>7</sup>. Allí aprendió los valores de la espiritualidad franciscana y se convirtió en el fiel seguidor de Jesucristo pobre y crucificado como San Francisco. En dicha fraternidad participa con sencillez y practica su apostolado con los pobres y necesitados al estilo del Pobrecito de Asís. Nos recuerda fray Avelino de Cedillo que “No solo había profesado en la Tercera Orden Franciscana de seglares, sino que era la regla viviente de lo franciscano: Como Francisco de Asís recibió del cielo el mandato de ir al mundo, ser apóstol en su medio ambiente (...) así vivió enamorado de la Dama Pobreza, dando a su vida un toque de moderación y sencillez. Fiel a su vocación Franciscana, llevó el agua de la consolación a las almas atormentadas de los hijos de su pueblo”<sup>8</sup>.

6 E. De Gema, *El Siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández*, 152.

7 M. García de Fleury, *José Gregorio Hernández, hombre de fe y ciencia* (Caracas: Academia Internacional de Hagiografía, 2013), 81.

8 A. De Cedillo, *Ideales Seráficos*, nov. 1964, 7.

## 5. **El hombre creyente, sensible. Solidario y caritativo con el que sufre, con el pobre y vive marginado**

¿Quién sumergió a José Gregorio Hernández entre los excluidos, entre esas gentes enteramente ajenas a su propio medio social, distinguido, profesional y científico? No cabe duda: el Evangelio de Jesús (Lc 4, 16-17; Mt 25, 31-46), en la educación de la fe recibida desde niño, la enseñanza de la Iglesia y en el testimonio del *Poverello* de Asís, Francisco, quien nos dice en su testamento que para seguir a Jesucristo hay que compartir la vida y los bienes con los pobres: “Y los que venían a abrazar esta vida, daban a los pobres todo lo que tenían y se conformaban con poco” (Tes 16). Él lo alentó con su ejemplo y su palabra. Impulsado por el Espíritu Santo e inspirado por la palabra de Jesús inicia la ruta evangélica, con decisión y valor se lanza cruzar la frontera que separaba a los mayores de los menores, a los honorables de los que carecían de todo honor.

Es el fiel seguidor de Jesús, que vive de manera integral su condición humana, vocación cristiana, profesión de médico, docente e investigador, con su fe católica, caridad y actitud al servicio de sus hermanos, especialmente de los más necesitados, de allí que podamos decir que esto fue lo que llevó a José Gregorio Hernández a convertirse en el médico y santo de los pobres. Esa vida integral es lo que lo llevará a vivir heroicamente la práctica de la caridad. La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas, por Él mismo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios (C.I.C. 1822).

Es la esencia de la vocación cristiana dar la vida por amor, como lo hace Jesús. Amando a los suyos hasta el fin (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: Como el Padre me amó, yo también los he amado a ustedes; permaneced en mi amor (Jn 15, 9). Y también: Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado (Jn 15, 12), esa es la propuesta del mandamiento nuevo (Jn 13, 34).

Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía “enemigos” (Rm 5, 10). El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros enemigos (Mt 5, 44), que nos hagamos prójimos del más lejano (Lc 10, 27-37), que amemos a los niños (Mc 9, 37) y a los pobres como a Él mismo (Mt 25, 40.45). El apóstol Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: la caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (1 Co 13, 4-7). Si no tengo caridad, dice el apóstol, nada soy. Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma (...) si no tengo caridad, nada me aprovecha (1 Co 13, 1-4). La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad (1 Co 13,13) – (C.I.C. 1825-1826).

El Apóstol, después de enumerar una serie de caminos para llegar a Dios, los corona, diciendo: aspiren a dones mayores, ambicionen dones más valiosos (1Cor 12, 31). Es decir, no pierdan de vista el camino mejor, el más esencial, y dice: me queda por mostrarles un camino excepcional, el camino mejor, y es cuando expresa el himno a la caridad. El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es el vínculo de la perfección (Col 3, 14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino (C.I.C. 1827).

La caridad es la primera virtud, de tal forma que las demás existen para llegar a ella, para servicio de la caridad y para expresar la caridad. La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión. San Agustín afirma que todas las virtudes son, en última instancia, modulaciones o variantes de la caridad, por eso afirma: “Ama

y haz lo que quieras”. Así como los pecados no son más que múltiples formas de expresar nuestro egoísmo de ruptura con la caridad. Con razón afirma san Pablo que cuando se termine esta vida todas las virtudes desaparecerán y sólo será necesaria la caridad.

No hay amor más grande que dar la vida por los amigos, pero que nos quede claro, que lo importante no es dar la vida, sino que como se ama tanto, se es capaz de entregar la vida. Dar la vida sin amor no tiene sentido, pues lo que vale es el amor. Amar sin dar la vida es una mentira, no es más que egoísmo. Y dar la vida sin amor no es más que un absurdo. El mérito de la entrega de Jesús en la cruz no está en su sangre derramada, sino en el amor que puso en ella, en su entrega. El motivo radical de la muerte de Cristo fue el amor y sin amor no hubiese tenido sentido su muerte: tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único (Jn 3, 16). Todo lo que ha hecho Dios lo ha hecho por amor y quiere que se nos conozca por eso, porque somos verdaderamente de Dios, porque amamos (1Jn 4, 7). Por eso afirma Jesús: en esto conocerán que son discípulos míos, en que se aman unos a otros. Quien ame a Dios que ame a su hermano.

La caridad lo es todo y tiene un valor absoluto. Todo el resto es relativo y está en función de la caridad (L. G., 40 y ss). Esta es la ley y los profetas. Es donde se resume toda la revelación cristiana. Todos los compromisos de un seguidor de Jesús y todos los mandamientos tienen un valor y adquieren una significación en cuanto expresan de algún modo la caridad, en la caridad y por la caridad (L. G., 42). Los grados de perfección cristiana corresponden al grado de la práctica de la caridad que tiene cada seguidor de Jesús, así de simple. Por lo mismo, no corresponde al estado, tipo, género o condición de vida que uno lleva, ser consagrado, seglar, casado, soltero, nada de esto supone un grado mayor de perfección o santidad, sino la vivencia de la caridad. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5). El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero. Nadie jamás ha visto a

Dios, pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor en nosotros ha llegado a la perfección (Jn 3, 8; 11-13).

Esta práctica de la caridad fue el ideal del hermano José Gregorio Hernández, quien quiso vivir el camino de entrega propuesto por Jesucristo de gastar la vida para que los que no tienen vida puedan tenerla. Era muy cercano y atento a los hermanos. José Gregorio adquiere esa cercanía, marcada por la sencillez y la ternura con los necesitados, expresando su compromiso de fe y su sensibilidad espiritual. Nos dice Núñez Ponte: “Fue un apóstol de la medicina, en toda la amplitud del vocablo, con un perfecto relieve franciscano. Sí, verdaderamente Franciscana fue su experiencia e, igualmente que el Poverello, no hubo dolor sobre el cual no pusiera un ósculo de paz, ni laceración que no sedara con aquel incomparable caudal de belleza, que entrañaba su sonrisa beatífica”<sup>9</sup>.

Se conmovía por sus hermanos sufrientes, pues en ellos veía el rostro sufriente de Jesucristo. El dolor y las necesidades despertaron su corazón y sensibilidad “materna”, abriéndolo a esa comunión hecha de gestos simples de atención, pero de inmenso valor. Siempre queriendo hacer del Evangelio su norma de vida y de comportamiento, buscaba atender a los necesitados de comida, vestidos, medicinas, compañía, etc., como invita Jesús en el juicio final (Mt 25, 31-46). Se sentía golpeado por la situación de los pobres y los que sufrían las carencias de todo tipo de bienes para tener una vida digna como hijos de Dios. Escribe su primer biógrafo: “Él era todo de todos (...) sabía dónde comienza el radio del prójimo, para despreciar lo mundano y ayudar por él a sus semejantes y de este modo amar, servir y glorificar sobre todo a Dios”<sup>10</sup>. Por sentirse unido a Jesucristo y a sus prácticas de amor con los necesitados, él mismo se siente unido a los otros y se hace prójimo sintiendo como propias las necesidades y sufrimientos de los

9 J. M. Núñez Ponte, *Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico-biográfico* (Caracas: Imprenta Nacional, 1958), 222.

10 J. M. Núñez Ponte, *Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico-biográfico*, 103.

más pobres: “No abandona el puesto y pobrería, se le ve acudir con más diligencia, a remediar sus infortunios, a endulzar sus amarguras, a cicatrizar sus heridas”<sup>11</sup>.

## **6. El hombre que fue mediación de la caridad y consuelo de Dios a los enfermos**

Jesús asume la función de la misión profética y mesiánica curando a los enfermos, sus curaciones son el medio privilegiado por el que proclama, confirma y realiza la presencia de Dios y su Reino. Con ellos Jesús confirma que él es el Mesías, el hijo de Dios. Si la enfermedad es el símbolo del estado del hombre alejado de Dios, la curación es el símbolo de la vida de fe del hombre junto a Dios. Las curaciones son juicios, pero no de condenación, sino de gracia y salvación. Una salvación íntegra, corpórea y espiritual del hombre.

Jesús nos descubre y presenta el sentido de la enfermedad y del dolor en su pasión y muerte en la cruz, pero que tendrá su triunfo en la resurrección, su misterio pascual. La comunidad cristiana lee sus sufrimientos y enfermedades a la luz de los sufrimientos y la cruz de Cristo, con la fe y la esperanza de que Jesús vence toda enfermedad. Él asocia y manda a los apóstoles con su poder de curar las enfermedades en la primera misión (Mc 16,17). Así, la predicación y acción de la Iglesia tiene como prioridad la preocupación por los enfermos y tiene que orientarse de acuerdo con la predicación de Jesús y con su comportamiento frente a las personas afligidas por la enfermedad. Hay que vivir la continuidad de la misión de Jesús, hacer visible y palpable la permanente preocupación salvífica de Cristo hacia los enfermos.

Como fiel seguidor de Jesucristo y miembro vivo de la Iglesia, el hermano José Gregorio Hernández va a hacer de su vida una ofrenda en la práctica de la caridad, en atender, sanar y aliviar el dolor y la situación límite de los enfermos. Todos tenemos un llamado a existir,

---

11 J. M. Núñez Ponte, *Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico-biográfico*, 205.

pero también un llamado a vivir una misión encomendada por Dios y los criterios para discernir y descubrirla son *los frutos buenos*, la *edificación de la comunidad* de los seguidores de Jesucristo, viviendo *humildemente*. Nuestro hermano José Gregorio llega a comprender que Dios lo quiere como médico, en medio de sus hermanos, siendo testigo del paso de Dios en su pueblo. Como seguidor de Jesús y seglar franciscano es el hombre que pasó haciendo el bien, consolando y curando, aliviando el sufrimiento de sus hermanos (Hech 10, 38).

Se inspira en el camino de conversión de san Francisco, quien descubre en los enfermos de lepra el rostro sufriente de Cristo y les atiende con amor. Esa acción se convertirá en dulzura del alma (Tés 1-3). El hermano José Gregorio Hernández también siente que los hermanos enfermos son dulzura para su alma y de igual manera los atiende. Nos dice De Gema: “Se preparaba para la consulta, como un sacerdote se prepara para el rito. Ya se podía acercar al dolor, al Hermano Dolor, porque era franciscano, cariñosamente, empapada su alma de la dulzura de sentimientos que le había comunicado el silencio y la música. Sería más humano en su función sacerdotal, casi sagrada, de aliviar el dolor de los hermanos hombres”<sup>12</sup>. Paoli señala: “El Dr. Hernández se preparaba para acercarse al dolor del enfermo, lo hacía con el alma envuelta en dulzura: así como todo un franciscano, lo afrontaba amorosamente, sintiéndose más humano, cuando llega aliviar el dolor y sufrimiento de sus hermanos.”<sup>13</sup> Una vida entregada a los enfermos, especialmente a los más necesitados de su atención y consuelo. Se acercaba con amor de hermano, buscando ayudar, aliviar y consolar, física y espiritualmente. A muchos no cobraba, sino que compartía con ellos su comida, vestidos, medicinas y dinero: “Treinta y un años consagrados a la práctica del bien, bajo las dos más hermosas formas de la caridad: derramar luz desde la cátedra de la enseñanza y llevar al lecho del enfermo, junto con el lenitivo del dolor, el consuelo de la esperanza (...) Era un médico profesional que creía que la medicina

12 E. De Gema, *El Siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández*, 79.

13 G. Paoli, *Il Dr. Giuseppe Gregorio Hernández* (Roma: Coletti, 1962), 78.

era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano”<sup>14</sup>. Podemos afirmar que fue tan coherente e íntegro en su fe que dio un rostro humano esperanzador a su profesión de médico, llenándola de contenidos evangélicos, hasta llegar a evangelizar la medicina, convirtiéndola en mediación de la caridad cristiana.

Se nos dice que tenía una alcancía para recoger fondos con los cuales compraba medicina a los enfermos pobres, como expresión de que se desvivía por atenderlos con dedicación. Por eso, se le llamaba el *médico de los pobres*. Nos dice uno de sus sobrinos: “Se le solía nombrar como el médico de los pobres y no era por su altruismo y abnegación ilimitada en el tratamiento que siempre tuvo, sino que (...) de sus manos salía la formula y medicina para el pobre y con el objetivo de no herir susceptibilidad, creó la alcancía de beneficencia para los pobres”<sup>15</sup>. Esa era la manera de entregar su vida por los hermanos necesitados, para llegar a ser misionero del Evangelio. Según Núñez Ponte,

En su apostolado, dos luces guiaban el celo genial y los sentimientos, la conciencia y la caridad y estas iluminadas por la fe (...) mientras más se espiritualiza el deber y se purifica la intención, mientras más se cuenta con Dios y a Él se acude, se hacen más incalculablemente, dignos y gloriosos y prósperos los oficios del hombre (...) Para los pobres, imágenes de Jesucristo, a quienes administraba el oficio de Buen Samaritano, tenía el óleo y bálsamo y aquellos ríos de agua viva, de que habla el evangelio (Jn 8, 38); por ellos podía velar noches enteras, hacia ellos corría con prisa y desalado, por ellos el cansancio fuera su más preciosa y apetecible dicha; a esos domicilios ocurría él presto a enjugar lágrimas, a calmar inquietudes, a disminuir el poderío del infortunio, a derramar los gajes, las opulencias del reino de Dios, que llevaba dentro de su propio corazón y muchas veces a depositar el pan de la limosna silente, o la medicina apta para el cuerpo adolorido. Cuántas veces se le vio apurado con

14 E. Hernández Briceño, *Nuestro Tío José Gregorio. Contribución al estudio de su vida y de su obra*, 2 tomos (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1958), 253-254.

15 E. Hernández Briceño, *Nuestro Tío José Gregorio*, 2273.

un lío bajo el brazo que presumía disimular y era un abrigo para una ancianita friolenta; cuantas, al paso frente a una familia que sabía menesterosa, lanzaba por la ventana sin detenerse y con cautela, para no ser visto, algún auxilio pecuniario, cuantas, afrontando la lluvia andaba por arrabales e iba a parar dentro de un bohío infesto donde se necesitaba sus cuidados; cuantas, en fin, tendía la mano al interesado para devolverle con un gesto amable o una frase de delicadeza suma el emolumento recibido. Sábese de algunas buenas almas entre esos favorecidos por sus dádivas, que, persuadidos de su piedad y de la eficacia de sus ruegos, se atrevía a implorar su bendición, a los que él argüía con su más santa evasiva; yo estoy buscando quien me bendiga a mí. Por tales títulos llegó a ser apellidado, y lo era en efecto, *el médico de los pobres*: a su muerte, les fue dado a muchos comprobar el vacío inllenable producido en tantos hogares ajenos, de donde había sido él secreta providencia y recoger los ayes clamantes y desolatorios que surgían de los pechos conturbados por su terrífica desaparición”<sup>16</sup>.

Es tanta su entrega caritativa por los hermanos enfermos y necesitados que podemos afirmar que murió mártir por esa causa. El día que muere atropellado era domingo, cerca de las 2:00 pm. Después de atender a una ancianita enferma, trae en sus manos la medicina para ella, pues no tenía recursos para obtenerlas y él fue a buscárselas. Cuenta De Gema:

Aquella tarde le avisaron para que urgentemente fuera a ver una enferma pobre. Salió inmediatamente de casa y después de ver a la viejecita y recetar, pregunta ¿tienen para comprar las medicinas? En aquella casa no había nada y no quiso contentarse con dejar allí su *óbolo* para que compraran los remedios. Él mismo fue a la farmacia de la esquina de Amadores. Compró las medicinas y con ella en la mano, iba a atravesar la calle (...) no se dio cuenta de que en la vía venía un automóvil. Fueron unos segundos de expectación y gritos. Cuando vio que el automóvil se abalanzaba sobre él, grito: ¡Virgen Santísima! Su cuerpo fue arrojado contra

---

16 J. M. Núñez Ponte, Dr. José Gregorio Hernández, *ensayo crítico-biográfico*, 102-106.

uno del poste de hierro de la calle y al caer, se había destrozado la base del cráneo contra el borde de la acera, muriendo camino al hospital Vargas<sup>17</sup>

Siempre se pensará, no sin razón, que José Gregorio Hernández ha pasado a la historia como el hermano de una profunda sensibilidad espiritual, que vivió en la libertad de la pobreza y humildad silenciosa. ¿Quién podría negarlo? Pero ¿no fue su contemplación una mirada larga y honda a Aquél a quien amó con el amor de hijo, con una mirada que le llevo a la identificación cabal con Él, en los hermanos pobres, enfermos y necesitados? Esta contemplación selló el camino que había emprendido con la rebeldía de los libres, el camino hacia los marginados, hambrientos de afecto verdadero. Caminos de fraternidad y fidelidad al ideal cristiano y franciscano que él entendió y vivió plenamente. Caminos evangélicos que todavía siguen vivos y esperan a quienes los recorran con la misma humildad, ilusión, valentía y entrega.

Dice el papa Francisco: “Cada Santo es una misión, es un proyecto del Padre, para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del evangelio”. (*Gaudete et Exsultate*, 19). San Francisco decía: “yo solo quiero el evangelio de nuestro Señor Jesucristo y la regla y vida de los hermanos, es vivir el Santo Evangelio”. En nuestra tierra, y en su historia, nuestro hermano José Gregorio Hernández encarnó el Evangelio de Jesús para convertirlo en Buena Nueva para sus contemporáneos. ¿Cómo, desde nuestra vocación a la santidad, vivimos y encarnamos hoy el Evangelio y lo transformamos en Buena Nueva para nuestro pueblo?

---

17 E. De Gema, *El Siervo de Dios, Dr. José Gregorio Hernández*, 253-254.